

Ha muerto un poeta, ha muerto un revolucionario

Julio Anguita

Como Pablo Neruda, como Brecht, como Maiakovski, como Alberti, Blas de Otero o Miguel Hernández, como tantos poetas, vivos o muertos, que ya son en nuestra memoria, quería cambiar la Historia, cambiar el mundo.

Celaya, que en la mítica Residencia de Estudiantes conoce a Unamuno, a Valle-Inclán, a Juan Ramón Jiménez, a Paul Valery y a García Lorca. Ingeniero, al que no le gusta su carrera y escribe obras de teatro que no se representan o poemas que a nadie lee. Que vive la sublevación de Jaca y la llegada de la República, ese 14 de abril que cantara Antonio Machado y que pronto mostrará, como señalara Gramsci en uno de sus trabajos, que los intelectuales, al menos un grupo importante de los mismos, pueden jugar una función cultural y política distinta a la asignada por el orden burgués entonces reinante.

De las Misiones Pedagógicas y La Barraca, al bienio negro, a la insurrección asturiana del 34. Gudari y capitán de-gudaris durante la guerra civil. Del campo de concentración a la gerencia de la fábrica familiar, que años más tarde abandonará para ir a Madrid y vivir a la intemperie en su oficio de poeta.

El «viejo burgués arrepentido» que dice ser Celaya conoce a Amparo, rompe con su clase y vuelve ilusionado a escribir, a publicar. Funda la revista «Norte», laboratorio poético de la época, apoya a los huelguistas de la primavera del 47, enlaza, ya para siempre, con el movimiento obrero, clandestino entonces. Y su obra, que ha transitado brillantemente por los laberintos surrealistas, deriva hacia la poética del existencialismo y de éste, de forma natural, hacia el cántico de lo colectivo. «Pensadlo -escribe-, ser poeta no es decirse a sí mismo.»

El «viejo burgués» se encuentra con Marx, abraza la causa del socialismo, de la revolución, ingresa en el Partido Comunista. Y así años y años. Años oscuros, difíciles, pero también ilusionados. Conoce censuras, multas, persecuciones y Comisarías. Y al tiempo escribe, escribe y escribe. Yo sé que sus entregas literarias no se agotan, ni mucho menos en lo social, en lo colectivo, y que en su obra, desbordante, difícil de encasillar; ahí está su última etapa órfica, es la de un hombre que ha marcado con su impronta medio siglo en la poesía española.

Ha muerto un poeta, un amigo, un camarada, un revolucionario vasco. Ha muerto, tras meses y meses de enfermedad, en la pobreza que siempre habitó, con un reconocimiento oficial tardío y mezquino. Y aunque hoy, 18 de abril de 1991, las banderas no ondeen a media asta en nuestro país, como debieran hacerlo en honor del poeta, uno de los más grandes hacedores de las libertades democráticas en España, el fervor, el cariño popular, frente a otras ausencias, le acompañaron hasta su muerte. Y por eso yo sé que hoy, en la margen izquierda de la ría del Nervión, en astilleros y fundiciones, se hablará del viejo poeta revolucionario. Que allá por el casco viejo de San Sebastián, la ciudad que tanto amaba, a la hora del chiquiteo, más de un viejo gudari levantará su vaso en homenaje a Gabriel. Y que en la Asturias minera, en el Madrid popular de tajos y fábricas o en mi Andalucía, al igual que en otras tierras en España, habrá gentes que, pese a quien pese, cantarán «La Internacional». Sin duda, aunque las cosas no salieron en España como

Gabriel quería, como muchos con él queríamos y seguimos queriendo, recordarán días de huelgas, manifestaciones y calabozos, pero también días de esperanza, de vino y rosas, con la voz de un poeta a la búsqueda de la libertad.

HABLO CON EL MAR de «Penúltimos poemas» (1980-1981)

Sentado en estas rocas, mar, te escucho.

No entiendo tus palabras pero adivino a ciegas
que algo quieres decirme mas no puedes llevarme
adonde yo quisiera, ¡oh inmensidad sin centro!

No te entiendo, madre-muerte, madre-amante, madre-amor.

¿O eres tú la que no entiende mi modo humano de hablar?

¿Hasta cuándo tengo que seguir esperando/mi retorno a tu origen, madre natal?

Disolución de «Penúltimos poemas» (1980-1981)

La noche sin medida temblaba cerca y lejos
como si fuera algo que estaba escondido
en el fondo visible de una mirada intensa.

Un paisaje extendía su lentitud. La luna
mostraba que los dioses son aún posibles.

Y muy lejos, el mar, o algo que parecía
que podía serlo, golpeaba el silencio.

Y ya no había nada que pensar o decir,
ni valía la pena de seguir escuchando,

Madre Muerte, amor lento, lentamente lento.

Pues aunque la luna crezca y crezca alocada
ya sé que ha terminado cuando aún era posible.

LA POESÍA ES UN ARMA CARGADA DE FUTURO de Cantos iberos, 1955)

Cuando ya nada se espera personalmente exaltante
más se palpita y se sigue más acá de la conciencia,
fieramente existiendo, ciegamente afirmando,

como un pulso que golpea las tinieblas,

cuando se miran de frente
los vertiginosos ojos claros de la muerte,
se dicen las verdades:
las bárbaras, terribles, amorosas crueldades:

Se dicen los poemas
que ensanchan los pulmones de cuantos, asfixiados,
piden ser, piden ritmo,
piden ley para aquello que sienten excesivo.

Con la velocidad del instinto,
con el rayo del prodigio,
como mágica evidencia, lo real se nos convierte
en lo idéntico a sí mismo.

Poesía para el pobre, poesía necesaria
como el pan de cada día,
como el aire que exigimos trece veces por minuto,
para ser y en tanto somos dar un sí que glorifica.

Porque vivimos a golpes, porque apenas si nos dejan
decir que somos quien somos,
nuestros cantares no pueden ser sin pecado un adorno.
Estamos tocando el fondo.

Maldigo la poesía concebida como un lujo
cultural por los neutrales
que, lavándose las manos, se desentienden y evaden.
Maldigo la poesía de quien no toma partido hasta mancharse.

Hago más las faltas. Siento en mí a cuantos sufren
y canto respirando.
Canto, y canto, y cantando más allá de mis penas

personales, me ensancho.

Quisiera daros vida, provocar nuevos actos,
y calculo por eso con técnica, qué puedo.
Me siento un ingeniero del verso y un obrero
que trabaja con otros a España en sus aceros.

Tal es mi poesía: Poesía-herramienta
a la vez que latido de lo unánime y ciego.
Tal es, arma cargada de futuro expansivo
con que te apunto al pecho.

No es una poesía gota a gota pensada.
No es un bello producto. No es un fruto perfecto.
Es algo como el aire que todos respiramos
y es el canto que espacia cuando dentro llevamos.

Son palabras que todos repetimos sintiendo
como nuestras, y vuelan. Son más que lo mentado.
Son lo más necesario: Lo que tiene nombre.
Son gritos en el cielo, y en la tierra, son actos.